

LA CAPILLA FUNERARIA DE LA DEHESA DE "LA COCOSA"

*Dedicada a D. Luis Mendoza, modelo
de caballeros y hombres cultos.*

La capilla sepulcral de la dehesa
de «La Cocosa»

En Octubre de 1945, mi querido amigo el sabio historiador extremeño D. Esteban Rodríguez Amaya me invitó a efectuar en su compañía y en la de otro buen amigo, el Comisario provincial de Excavaciones arqueológicas D. Jesús Cánovas Pesini, una excursión o serie de excursiones por los alrededores de Badajoz para visitar diferentes lugares de hallazgos arqueológicos romanos por ellos descubiertos. Haciendo una gran deferencia a mis conocimientos, mis ilustrados compañeros deseaban conocer mi punto de vista para emprender, por parte de la Excma. Diputación provincial de Badajoz, una exploración sistemática de alguno de estos yacimientos. En un breve artículo publicado en la REVISTA DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS («El poblamiento del valle del Anas en la época romana», vol. I, 1945, págs. 259-273) expusimos el resultado de aquella prospección y el interés que me parecían ofrecían las ruinas descubiertas en la dehesa «La Cocosa», propiedad del culto caballero extremeño D. Luis Mendoza. El resultado fué que la Corporación provincial badajocense, tan acertadamente presidida por D. Juan Murillo, encomendó a su Institución de Servicios Culturales la exploración de aquellas ruinas. Nosotros dirigimos la corta campaña que pudo realizarse el mismo año 1945, y posteriormente los trabajos prosiguieron a lo largo de los dos años siguientes, pudiendo nosotros visitarlos y levantar, en colaboración con mi amigo el archi-

tecto D. Antonio Ramos, el plano, la presentación del cual puede decirse que es el objeto de esta nota que sometemos a la consideración de esta culta Asamblea.

Si el acierto me acompañó al aconsejar la exploración de «La Cocosa», nada mejor lo pueden decir los brillantes resultados obtenidos en los trabajos de la Institución de los Servicios Culturales; pero, en cambio, hay que reconocer que superaron en mucho, en cuanto a extensión y complejidad de las ruinas puestas a la luz del día, a todo lo que podíamos imaginar, resultando de una envergadura superior a aquella a que podían alcanzar los medios de que disponía la Corporación patrona, con todo y su interés extremado, materializado en las personas de D. Juan Murillo y D. Esteban Rodríguez Amaya. Apesar de ello, muchísimo es lo que se ha hecho, en no poca parte, gracias a la conducta ejemplarísima de D. Luis Mendoza, al que se han causado evidentes y cuantiosos perjuicios materiales, que sólo persona de su cultura y su valía moral admitiría con la sonrisa en los labios, por lo cual nos permitimos dedicarle este trabajo. Al observar que no ha podido contarse con la ayuda de las entidades estatales expresamente creadas con tales finalidades, no queremos hacer de ellas la menor crítica, que sería absolutamente injusta, pues conocemos las cantidades de que disponen, con las cuales efectúan verdaderos prodigios, que únicamente aquellos que conocemos la cuantía de tales consignaciones y el elevado costo de esta clase de trabajos podemos apreciar debidamente. Hay que pensar que el Estado es pobre, y la situación del mundo le obliga, por la más elemental de las prudencias, a dedicar la mayoría de sus recursos a la propia conservación, que, en último término, puede pensar que es la de todos. De ahí que las cosas del espíritu deban moverse siempre dentro, ya no de la modestia, sino diríamos de la miseria, idea a la que todos nos debemos resignar.

El conjunto de las ruinas de «La Cocosa»

A lo largo del regato de Hinojales, dentro de la dehesa de «La Cocosa» y a cerca de dos kilómetros del cortijo del mismo nombre, se encuentra el vasto conjunto de ruinas objeto de los trabajos de la Institución de Servicios Culturales, ocupando una superficie de diversas hectáreas, en las cuales se han efectuado dos excavaciones, además de diversas catas de exploración. La excavación más extensa, y de la que no nos vamos a ocupar, se realizó tomando por centro el lugar de los primeros hallazgos a los que aludimos en el trabajo citado.

La excavación menor, a unos 250 metros de la anterior en dirección al Este, o sea acercándose al cortijo, tuvo por centro un lugar en el cual los trabajos agrícolas habían puesto al descubierto algunos restos de paredes y donde D. Luis Mendoza había recogido algunos pequeños fragmentos de mosaico con *tessellae* de vidrio, que suponían superficies revestidas con mosaicos ricos que, a primera vista, creíase corresponderían a pavimentos. Muy cerca de allí, en la primera campaña de excavación, en 1945, se descubrió y exploró parcialmente un lugar, probablemente de aceite.

Hay que advertir que el monumento que vamos a estudiar, lo cual resulta posible por tener personalidad propia, está incluido en un conjunto mucho más vasto; que en torno a él los restos de muros, unos puestos al descubierto parcialmente por la excavación, otros que sólo se rastrean en la superficie o se manifiestan en catas aisladas, se extienden en todos sentidos, sin que se haya llegado a poder determinar su área total ni aproximadamente. Tanto es así, que resulta todavía imposible afirmar si en realidad los dos conjuntos de restos de construcciones descubiertos, que hemos denominado excavación más extensa y excavación menor, están o no separados por un espacio sin ruinas. Para nuestro objeto prescindiremos de todo ello y nos limitaremos a un pequeño sector de ruinas en el que se ha descubierto una planta coherente, que es la que presentamos.

Descubrimiento de los restos de una capilla funeraria

Al empezar a excavar, a una profundidad de 0'60 metros, se descubrió un pavimento testáceo, muy pobre en fragmentos cerámicos y muy rico en cal y arena, hasta el punto de ser preferible llamarlo pavimento de hormigón de argamasa, de un grosor de 5 a 8 centímetros, de contextura bastante floja y fácilmente exfoliable; a trozos, precisamente por esta exfoliación, había desaparecido, pero quedaba bien determinado su nivel por la presencia de una capa de tierra consistente. En la tierra que se iba excavando y por encima del pavimento descrito, aparecían en bastante cantidad las *tessellae* sueltas y otras agrupadas en trocitos que comprendían, como máximo, una docena de ellas, por lo tanto lo bastante pequeños para que no fuese posible ni tan sólo rastrear su agrupación ornamental; pero tales *tessellae* resultaban ser predominantemente de vidrio, algunas de vidrio con reflejos dorados; por el reverso tenían pegada una capa de cal muy blanca y sin mezcla

de otros materiales. En esta forma, y sin variación en la composición del yacimiento, se llegó hasta una pared que se presentaba en semicírculo y en la que quedaba un revestimiento de estuco de colores variados, pero bastante apagados, dibujando unas fajas y recuadros. Llegados los trabajos a este punto, fué fácil seguir el contorno de esta pared, descubriéndose en la parte Sur un semicírculo limitado en sus extremos por dos sillares de sección cuadrangular; frente a él, en la parte Norte, otro semicírculo parejo; por el Este el pavimento se interrumpía, no por haberse alcanzado su límite, sino por rotura determinada, por existir más hacia el Este un espacio más hondo y haberlo arrastrado las tierras que habían rellenado aquella hondonada; pero de todas maneras quedaba el inicio de los muros, que también por allí dibujaban un tercer semicírculo. Por fin, por el Oeste quedaba un cuarto semicírculo dividido en dos partes por una puerta, no absolutamente centrada, ya que el segmento, que daba al NO. era algo más reducido que el del SO.

Se estaba, pues, ante una edificación de planta cuadrilobulada, en la cual uno de los ángulos determinados por la intersección de los lóbulos estaba ocupado por pilar, que probablemente había servido de plinto a una columna. Se procedió a explorar el grosor de los muros que formaban los semicírculos, para ver si éstos se acusaban al exterior, y se vió que el conjunto, comprendido el espacio de nivel inferior que he dicho existía al Este y una antecámara que se descubrió al Oeste, y de la que nos ocuparemos luego, estaba inscrito dentro de un rectángulo que medía 12'85 metros de Este a Oeste y 7'95 de Norte a Sur. Los muros que forman esta construcción constituyen, por lo tanto, una serie de macizos limitados exteriormente por líneas rectas e interiormente por curvas, con grosores considerables en relación a sus dimensiones totales, más bien reducidas. Estos grosores nos dan razón del carácter que habían de tener las cubiertas, con toda probabilidad una cúpula central semiesférica de 2'74 metros de diámetro apoyada sobre trompas o pechinas; cuatro arcos de la misma luz, apoyados sobre las columnas que con toda verosimilitud he supuesto se alzaban encima de los sillares que limitan los semicírculos, y finalmente cuatro semicasquetes esféricos cubriendo esta especie de ábsides de planta semicircular, de una profundidad únicamente de 1'40 metros. Un programa a la vez de una gran complicación y de una gran simplicidad, apesar de que los términos parezcan antagónicos, ya que lo complicado, al someterse a una ordenación lógica, llega a alcanzar la categoría de simple. Además queda explicada la presencia

de las *tessellae* de vidrio, que no corresponderían a pavimento alguno, sino a un revestimiento de mosaico de la cúpula (como en Centcelles, cerca de Tarragona), o de la cúpula y de las semicúpulas de los ábsides, o acaso de todas estas cubiertas curvas, incluyendo las trompas y pechinas, según la riqueza que tuviese el monumento.

Esta parte central tiene dos prolongaciones de tanto interés como ella misma: por Levante, una cripta, también de planta semicircular, en la cual las destrucciones y unos muros posteriores sobrepuestos a su parte Sur, privan la apreciación de muchos detalles, y que tenía en su centro un sarcófago liso, de mármol blanco, descubierto ya violado, pero que contenía todavía restos humanos, sin haber proporcionado otros hallazgos, cuyo borde quedaba a 0'60 metros por debajo del piso de la sala que hemos supuesto cubierta con cúpula. Por Poniente, precede a la puerta de ingreso una angosta nave orientada de Norte a Sur, de sólo 1'50 metros de anchura por 6'52 de longitud, terminada en cada extremo por segmentos de círculo y en la que se ingresa por tres portales que perforan ampliamente su muro Oeste, uno central de 1'90 metros de anchura y dos a los lados del primero, angostos, ya que sólo tienen 0'72 metros de luz, pero que es indudable que servían de paso por conservarse en ambos el pavimento de hormigón, que es el mismo que cubre el suelo de la sala con cúpula y de esta estrecha nave de ingreso. De los dos pilares que separan estas tres puertas, únicamente se conservan los sillares que debían servir de plinto tal vez a sendas columnas y que están cortados a bisel por tres de los lados y perpendicularmente por el que corresponde a las puertas laterales.

Hubo un momento en que este edificio que he descrito estuvo completamente aislado, ya que se puede seguir la totalidad de su perímetro sin encontrar muro alguno que enlace con los que lo forman. Como veremos, hay diversos muros ahora adosados a él, pero están yuxtapuestos. La descripción y el examen del plano es más que suficiente para afirmar con seguridad que estamos ante los restos de una capilla funeraria. La disposición, en último término, cruciforme; la cripta ocupando, con su sarcófago, un lugar principal en el extremo Este; las dimensiones reducidas del conjunto y de cada uno de sus elementos, abonan aquella suposición hasta hacerla indudable. Desgraciadamente, ninguna inscripción, ninguna tradición ninguna noticia histórica relacionable con el lugar, nos dan la menor luz para llenar el vacío dejado por el nombre del difunto que dispuso para sí (como en San Fructuoso de Montelios) o recibió de otros tan suntuosa sepultura.

Las construcciones en torno de la capilla
funeraria: el baptisterio

Ahora bien, las construcciones inmediatas al monumento, y que vamos a describir seguidamente, parecen revelarnos un capítulo de su historia que hemos de tratar de leer, interpretándolo de la manera más exacta que sepamos. En determinado momento, al sur de la capilla sepulcral, se construyeron tres estancias dispuestas en fila. El muro que cierra la primera (que no nace precisamente en el ángulo de la capilla, sino 0'82 metros más al Oeste) y el que separa la primera de la segunda, están sólo adosados a ella, y se observa perfectamente que el revestimiento de argamasa que tenía este muro exterior de la capilla todavía se conserva pasando por detrás de estas paredes adosadas, lo que es una prueba patente de la mayor modernidad de éstas. A la primera estancia se ingresa por un portal de 1'03 metros de ancho, cuya parte interior está decorada por dos medias cañas en estuco. Medía esta cámara 2'60 metros de Este a Oeste, por 3'56 de Norte a Sur, y en una ocasión fué achicada doblando el muro Oeste, acaso para decorar el ingreso a la segunda estancia por medio de sendas columnas que emarcan la puerta que comunica con ella. De estas columnas, una base, midiendo 38 centímetros de diámetro, fué encontrada en su sitio, en tanto que la otra había ya desaparecido. La puerta de comunicación entre ambas tiene sólo 0'82 metros de ancho y no está frente a la entrada de la primera cámara, sino más al Norte, en forma que desde el exterior, al no enfilarse en línea recta las dos puertas, no podía verse más que una muy reducida porción del interior de la segunda estancia.

Esta es más amplia que la primera, pues si su dimensión de Norte a Sur es la misma, de Este a Oeste mide 3'12 metros. En ella se efectuó uno de los más interesantes hallazgos de esta excavación. Consistió en una humildísima, pero no por ello menos interesante, pila bautismal por inmersión. Emplazada en el ámbito sur de la estancia, por lo tanto completamente fuera del alcance de las miradas de los que estuviesen en la primera cámara, aunque la puerta quedase momentáneamente abierta o la cortina que la cerrase levantada. Consiste en un rectángulo cerrado por un murete o barandilla de 28 centímetros de grosor, del que quedaba únicamente la cimentación; mide interiormente 1'52 metros de largo por 0'58 de ancho, y se descende al fondo, que es de 0'57 metros, por medio de dos escalones con los

ángulos y aristas curvilíneos y con leve inclinación hacia el fondo; éste hace también doble pendiente en el mismo sentido, pero mucho más acusada, y en el centro hay una especie de pocete de tres centímetros de hondo para recoger totalmente el agua. Carece de desagüe y de canal de entrada, de manera que no hay duda de que se llenaba y vaciaba a brazo, como en tantos y tantos baptisterios. El murete que le rodeaba debía formar una barandilla de poca elevación, que debía salvarse fácilmente para descender a la pila, y por la parte exterior estaba rodeada de una media caña que la unía al pavimento. El de esta estancia era de tipo semejante al de la capilla, pero de una tonalidad más oscura, que en realidad no afecta a su composición, pero que es otra muestra de la no contemporaneidad de ambos. La pila bautismal está hecha de mampostería con el típico revestimiento de tiestos molidos, cal y ceniza, que desde la época romana y durante toda la Alta Edad Media se empleó como impermeabilizante.

Tenemos un humilde baptisterio como hemos dicho. Estamos lejos, no sólo de los suntuosos baptisterios que han sido publicados de Oriente, de Italia o del Norte de África, sino incluso de los mucho más modestos de Vega del Mar (Málaga), de Son Paretó (Mallorca), o del descubierto por mí en Tarrasa el pasado año 1947, en el curso de las excavaciones efectuadas por la Comisaría General en el interior de la iglesia de Santa María de Egara. Si la pila bautismal no puede parangonarse con las cruciformes de Vega del Mar y Son Paretó (esta última de todas maneras más rústica que la de «La Cocosa»), y menos todavía con la comparativamente a todas ellas suntuosa de Tarrasa, no deja de ser hecha con los mismos materiales empleados en la construcción de todas ellas, y donde la humildad se pone más de manifiesto no es en la pila, sino en el conjunto del baptisterio. Nada semejante al edificio aislado de planta octavada que tenemos en Tarrasa, pero tampoco como en Son Paretó una posición principal dentro del conjunto del templo, o por lo menos distinguida, como en Vega del Mar. Aquí se empleó como baptisterio una estancia lateral adosada al templo, probablemente ya existente y adaptada a esta finalidad, y dentro de ella, incluso la pila, no ocupó un lugar central, sino que el deseo de emplazarla en un sitio recogido obligó a desplazarla dentro de la estancia, y aun esto se hizo con tal descuido que aparece ladeada, sin guardar paralelismo con los muros.

De la cámara, que ya podemos denominar baptisterio, se sale por una amplia abertura de 1'66 metros, en cuyo suelo hay que señalar la presencia de una interesante losa de mármol blanco, con un reborde

por tres de sus lados y leve inclinación a partir de aquel que carece de reborde y en la que se han excavado dos surcos diagonales que parten del centro de la parte más alta hacia los ángulos, surcos que van profundizándose a medida que se dirigen a sendos pocetes situados en dichos ángulos. El examen de esta losa, al hacerlo considerando cuál era la destinación de la estancia a cuya salida se encuentra, no puede menos que sugerir que si se colocó allí y en ella se excavaron aquellos surcos, fué para que al salir el neófito de la pila bautismal pudiese escurrir el agua en un lugar dispuesto para ello, en vez de hacerlo en el suelo de la galería, a la que se pasa desde el baptisterio, disposición no enteramente desconocida. En efecto, franqueada aquella amplia puerta, se encuentra una especie de corredor de 2'40 metros de ancho por siete de largo, que al alcanzar el ángulo de la capilla sepulcral gira en dirección al Norte, y por una puerta de 1'50 metros de anchura comunica con una estancia cuadrangular, en la que, a su vez, en la parte oriental, se abren las tres descritas puertas de ingreso a la tantas veces nombrada capilla funeraria, con la particularidad de que esta galería procedente del baptisterio no tiene otra salida que ésta.

Las construcciones al norte de la capilla

Esta estancia cuadrangular que precede a la capilla y que comunica con el baptisterio, tenía su ingreso frente por frente al de la capilla, bien que, por desgracia, en este punto el muro estaba de tal manera arrasado que no fué posible determinar las características de esta puerta. Si por el lado Sur tenemos el baptisterio descrito y sus dependencias anejas, por el lado Norte se han excavado un conjunto de estancias que forman un perímetro cerrado y de las que se ha descubierto la entrada, pero que además comunicaban con iglesia y baptisterio por una reducida abertura existente en el muro norte de la citada estancia cuadrangular que precede a la iglesia. Estas cámaras, que parecen formar una vivienda, apesar de tener menos interés, no dejan de ofrecerlo notable. Su entrada principal es, por la parte Oeste, a unos 12 metros al norte de la iglesia. Midiendo 1'75 metros, sirve de ingreso a un cuerpo avanzado de 4'10 por 3'80 metros de medidas exteriores, y las correspondientes interiores, descontado el grosor de los muros, que es de unos 55 centímetros. Viene a ser una antecámara, frente a la cual, y cruzado en el sentido de la anchura un corredor que va de Norte a Sur, se abre ampliamente la pieza princi-

pal de esta casa, algo así como el *tablinum* o *oecus* de la misma, al norte del cual queda una dependencia reducida, a la que se ingresa por dos escalones rústicos en descenso y que, a juzgar por diversos detalles, en los que no podemos entrar, podía haber sido una cocina, bien que es raro se ingrese en ella desde aquella pieza principal. Al otro lado, y sin comunicación con el que hemos denominado tablino, hay un *cubiculum* casi cuadrado, con ingreso por uno de los ángulos; después no queda más pieza que un segundo corredor, orientado de Este a Oeste, que es el que comunica por una puertecilla angosta con la sala cuadrada que precede a la iglesia.

Estas dependencias vienen a constituir una vivienda de modestas proporciones (en total, comprendidos los corredores y el grosor de los muros, ocupa unos 150 metros cuadrados), carente de atrio, sobre la que hay que hacer algunas observaciones. El suelo es de hormigón, e hincados en él, en los puntos indicados en el plano, se encontraron trozos de fuste de columna de mármol, uno de ellos con un capitel visigótico, colocados allí ya procedentes de otra construcción, pero además violentamente rotos. En el suelo del tablino existía una zona en la que el pavimento estaba roto, por lo cual, al levantar el plano, decidimos abrir un hoyo para observar el corte del piso y apreciar si por debajo aparecía la tierra virgen o era posible descubrir alguna señal estratigráfica. Con gran sorpresa pusimos a la luz del día una base de columna de mármol que, de momento, creímos tirada allí, pero al proseguir la exploración (que por causas circunstanciales había de ser muy rápida) pudimos apreciar estaba perfectamente colocada encima de un sillar de granito cuadrangular que le servía de plinto, y por lo tanto, con toda probabilidad, en su sitio de origen. Es posible, pues, que debajo de la construcción descubierta exista otra más antigua y probablemente más rica, y que, a juzgar por la posición enteramente excéntrica ocupada por esta base, no tendría nada que ver, en cuanto a su disposición, con aquella que conocemos.

Las sepulturas

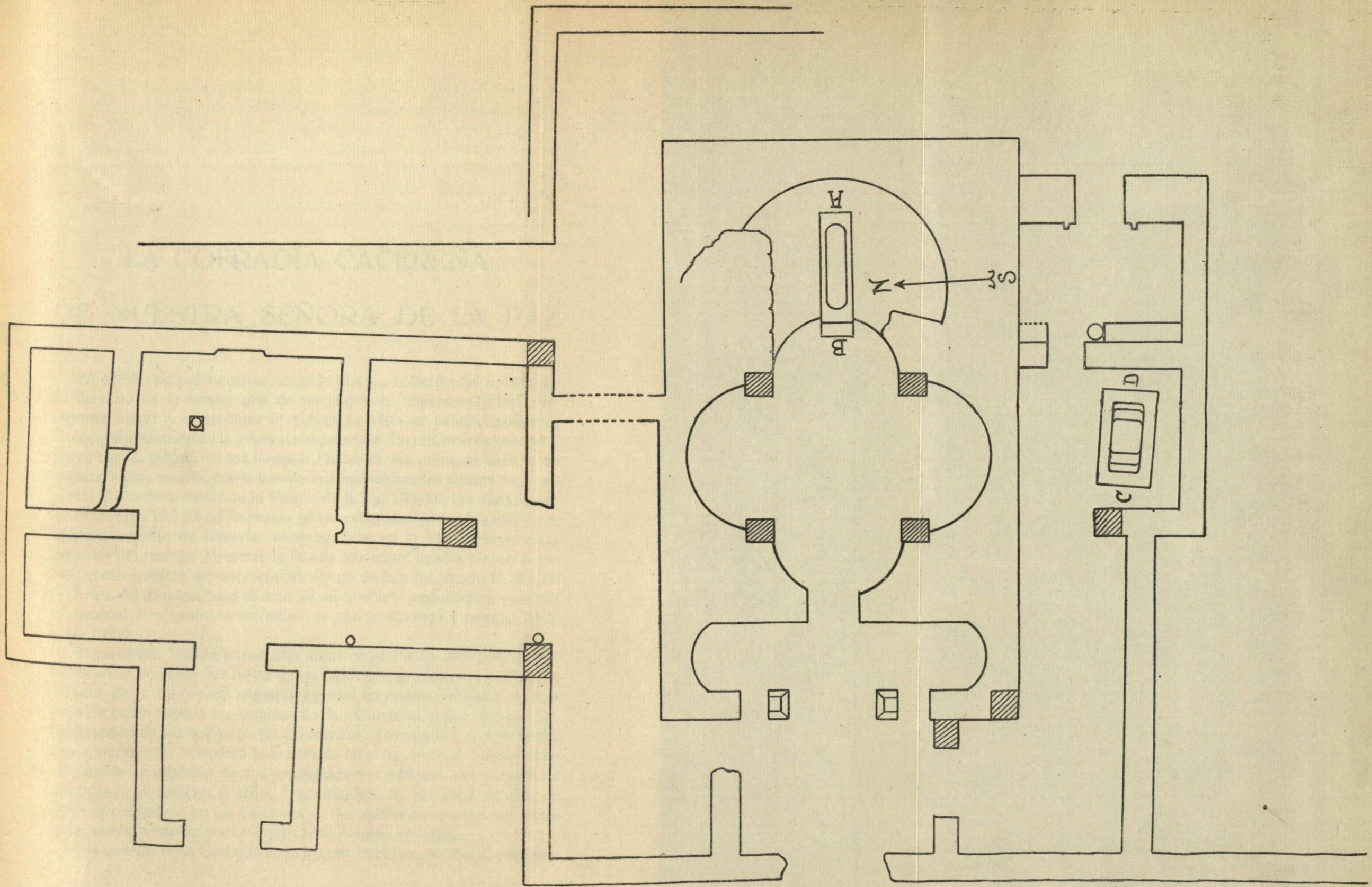
Hemos hablado del sarcófago que preside la cripta y la iglesia, y que probablemente estaba destinado a contener los restos de alguna persona notable en poder o santidad o en ambas cosas a la vez, cuyo enterramiento determinó la construcción de la capilla, que no es más que un envoltorio de la sepultura. Como acontece casi siempre en tales sitios, bien pronto otros enterramientos secundarios vinieron a

ya que hasta el centro principalísimo de aquél se esfuma. Es probable que desde aquella fecha hasta nuestros días aquellas tierras se hayan convertido en las dehesas escasamente pobladas, en las que sorprende encontrar estas extensísimas ruinas, que nos hablan de una distribución humana y un tipo de aprovechamiento del suelo enteramente diferente del actual; por lo tanto, mientras un estudio más detenido no permita precisar más, hay que situar la destrucción de la capilla funeraria descrita y sus anejos desde el comienzo del siglo VIII a finales del IX, inclinandonos por las fechas más antiguas dentro de este largo período.

Queda por escribir el capítulo más importante de la monografía que hay que dedicar a estas ruinas en su conjunto, el referente a la filiación arquitectónica de las mismas. Por más que, leyendo las historias generales del arte, parece que sobre la arquitectura visigótica tengamos conocimientos bastante firmes, mis cortos trabajos personales en tierras extremeñas y las noticias que tengo de otras partes de España, me hacen dudar de la solidez de aquéllos. Cuando en un lugar, arqueológicamente, enteramente desconocido, como es «La Cocosa», surgen como por encanto nada menos que dos iglesias visigóticas (la descrita y la descubierta en la excavación más extensa), cuyas plantas constituyen novedad dentro de la serie de las conocidas; cuando en un despoblado, a unos kilómetros de Mérida, al que fuimos inducidos a llevar los trabajos de la Comisaría General de Excavaciones por un accidente puramente casual, y en cuya superficie puede decirse que nada revelaba la existencia, ya no de un monumento interesante, sino de resto alguno, surgió otra planta de templo diferente de las de «La Cocosa», y que si bien no presenta la novedad de las de ésta, tampoco entra en el programa tradicional que, a base de los nombres de San Juan de Baños, Santa Comba de Bande, Quintanilla de las Viñas, San Pedro de la Nave, San Fructuoso de Montelios, cripta de Palencia, Tarrasa y pocos más, han inducido a escribir aquella historia, podemos pensar que las bases sobre las que se ha redactado son bien endebles. Creemos que, de momento, lo más importante es multiplicar las excavaciones científicamente dirigidas, apurar los resultados de éstas y publicarlas de una manera debida, reservando para más adelante todo lo que no sean los esquemas hipotéticos generales necesarios para movernos dentro del vasto campo de estos estudios, sin tener la ambición de crearlos, ni mucho menos, definitivos.

J. DE C. SERRA-RÁFOLS

Barcelona, Octubre de 1948.



Planta de la Capilla funeraria de la dehesa de "La Cocosa,,

